

¿EVOLUCIONISMO VERSUS CREACIONISMO?

Carlos Javier Alonso

Profesor de Filosofía, Alicante

Resulta sorprendente al público español cómo, simultáneamente a la crisis del neodarwinismo, en las últimas décadas se ha desatado una agria polémica en la sociedad norteamericana entre *evolucionistas radicales* y *creacionistas científicos*. En este artículo veremos en qué postulados se basan estas concepciones, las disputas que han llevado a cabo sus defensores y profundizaremos en la dicotomía evolución-creación, para llegar a la conclusión de que no se trata en realidad de términos antagónicos.

El *creacionismo científico* surgió como reacción ante el pujante evolucionismo materialista, una filosofía nociva para las ideas religiosas y morales de la sociedad americana. Su génesis se encuentra en la actividad de algunos grupos de fundamentalistas protestantes que se organizaron emprendiendo una amplia campaña con la que pretendían conseguir dos objetivos básicos: por una parte, mostrar que la Biblia proporciona conocimientos científicos acerca de la creación y que serían contrarios a las hipótesis evolucionistas; y, por otra, conseguir legalmente que en las clases de ciencia natural que se dan en las escuelas, junto con las teorías evolucionistas, se explique también, dedicando igual tiempo, el creacionismo como concepción alternativa (1).

La mentalidad de los creacionistas científicos se explica por la confluencia de tres factores. Uno es el fundamentalismo que interpreta la Biblia de modo excesivamente literal

y que, por tanto, fácilmente considera como científicas algunas informaciones que deben ser entendidas en el contexto del estilo empleado en esas narraciones. Otro factor es la historia de los Estados Unidos, que incluye contrastes ideológicos que se remiten a las causas y efectos de la guerra civil y que no han desaparecido por completo. Y un tercero es que, de hecho, se difienden tesis evolucionistas de tipo materialista y relativista, que se presentan como científicas pero realmente son extrapolaciones injustificadas carentes de base científica (2)

El antievolucionismo es ya antiguo en grupos del Sur de los Estados Unidos. Después de la guerra civil no se consiguió una unidad religiosa. Los del Sur acusaban a los del Norte de estar infectados por un "espíritu liberal" que se manifestaría, por ejemplo, en afirmar, según el "espíritu" y no la "letra" de la Biblia, que debía condenarse la esclavitud. El Sur perdió la guerra, pero no estaba dispuesto a perder sus ideas, y se afirmó en convicciones que parecían tradicionales frente a la laxitud de los del Norte.

Más tarde, la batalla anti-evolucionista llegó a ser causa común con los protestantes "fundamentalistas". A raíz de la primera guerra mundial, éstos denunciaron a la teología alemana como fuente de una tendencia "modernista" que pondría en peligro la civilización americana con su herencia cristiana (protestante). En esa batalla se defendían conjuntamente la Biblia, la civilización y las ideas anti-evolucionistas. Esto sucedía en la década de los veinte, en tomo a William Jennings Bryan, personaje de extraordinaria influencia. De modo significativo, Bryan sostenía personalmente una visión compatible con un cierto grado de evolucionismo, pero, como él mismo explicaba, su actitud en

público no hacía concesiones al respecto, puesto que hubieran significado dar fuerza a los materialistas que atacaban a la religión. Actualmente, parece que estas corrientes, que han confluído en el "creacionismo científico", ven en el evolucionismo un poderoso aliado del materialismo moderno que pretende difundir a gran escala una visión relativista y atea que socava los fundamentos mismos de la civilización humana.

Henry Morris, fundador de una de las principales organizaciones del "creacionismo científico", el *Institute for Creation Research* (ICR) de San Diego, escribía en 1966: "Si el hombre desea saber algo acerca de la creación, su única fuente de información verdadera es la revelación divina"; y de tal modo que la creación habría tenido lugar en días de 24 horas, excluyendo absolutamente toda evolución. Esta perspectiva es compartida por importantes teólogos protestantes de Princeton, como Benjamín Warfield y el Sínodo uterano de Missouri, de donde surgió un buen grupo de colaboradores de Henry Morris para organizar el "creacionismo científico" en 1963. Estos autores intentan poner de manifiesto el gran número de verdades científicas que han permanecido ocultas en sus páginas durante 30 siglos o más.

La esencia de la polémica evolución-creación sigue vigente en nuestros días. Los creacionistas, coordinados desde el *Institute for Creation Research*, han conseguido que en 15 estados de la Unión se debatan diversos proyectos de ley, en los que se ha propuesto dedicar el mismo número de clases para la exposición de las dos hipótesis. En varios Estados, por otra parte, se han adoptado normas que exigen que el evolucionismo sea explicado sólo como una teoría más, y que los estudiantes sepan que existen otras hipó-

tesis igualmente válidas. En el Estado de Arkansas, por ejemplo, consiguieron que se aprobara la ley de la enseñanza equilibrada de evolucionismo y creacionismo en las escuelas. Pero contra esa ley recurrieron diversos grupos y personas, incluyendo los Obispos católicos de la zona. En el juicio actuaron como testigos algunos científicos conocidos, y el juez Overton revocó la ley. En la justificación de su decisión se encuentran muchas páginas que son casi un tratado de filosofía de la ciencia, puesto que el juez debió determinar qué es ciencia y qué no lo es, y aplicar esos criterios al evolucionismo y al creacionismo (3).

La batalla ha tenido también una fuerte incidencia sobre las editoriales de textos. En Texas, donde se encuentra uno de los principales mercados escolares, el espacio dedicado a la evolución en los textos de biología ha bajado a la mitad en los últimos años, pues la Junta de Educación del Estado de Texas aprobó una resolución en la que se decía:

"Los textos que tratan la teoría de la evolución harán notar que es solo una entre varias explicaciones de los orígenes de la humanidad y evitarán lo que limite a los jóvenes en su búsqueda del sentido de la existencia humana. Cada libro de texto debe incluir en una página introductoria, esta advertencia: lo que en el libro se dice acerca de la evolución se presenta claramente como una teoría y no como un hecho. La presentación de la teoría de la evolución se hará de modo que no vaya en detrimento de otras teorías sobre los orígenes"(4).

George Marsden, profesor de Historia en Michigan afirma que los creacionistas científicos han identificado correctamente el contenido materialista de gran impacto social que se presenta apoyado en el evolucionismo.

Cita como ejemplo la popular serie televisiva *Cosmos*, de Carl Sagan, que trasluce una clara visión anti-creacionista. Y señala que los creacionistas han percibido esa filosofía nociva para las ideas religiosas y morales básicas de la civilización, concluyendo, aunque no justificando, que “los defensores dogmáticos de mitologías evolucionistas anti-sobrenaturales constituyen una invitación a responder del mismo modo”(5).

Ultimamente, los creacionistas científicos se han servido de los debates evolucionistas recientes como pretexto para afirmar que el darwinismo está a punto de ser destruido, con lo cual su posición quedaría como la única alternativa razonable. Sin embargo, no han tenido en cuenta que el deseo de proponer y discutir nuevas hipótesis, lejos de anunciar el inminente colapso de una teoría, se considera, en general, como un signo de vitalidad científica. La hipótesis creacionista, en cambio, armoniza bastante mal con los datos científicos. Como la mayor parte de los creacionistas sostienen que el mundo fue creado casi instantáneamente hace unos pocos miles de años, ellos se oponen no sólo a la teoría de la evolución, sino a toda interpretación científica del pasado. Si prevaleciera esta posición, la Geología, la Paleontología, la Arqueología e incluso la Cosmología deberían reformularse de forma que la ciencia retornaría a un marco teórico propio del S. XVIII.

Una forma ingeniosa de armonizar la ciencia y el Génesis es la llamada *teoría de la laguna*. Según Ronald Numbers, en su espléndido estudio histórico *Creation by Natural LaW* (6), la hipótesis de la laguna fue propuesta por vez primera en 1814 por el teólogo escocés Thomas Chalmers y reformulada en Inglaterra por el geólogo de Oxford

William Buckland, y en los Estados Unidos por Edward Hitchcock, un ministro congregacionista, presidente del *Amherst College*. Durante el período predarwiniano de las décadas de 1830 y 1840, nos cuenta Numbers, la teoría de la laguna fue la manera más ampliamente aceptada de acomodar el Génesis con el registro fósil. Recibió un tremendo impulso en 1909 cuando otro ministro congregacionista, el fundamentalista americano Cyrus Ingerson Scofield, defendió el lagunerismo en su nota 1:1 de la enormemente infuyente *Scofield Reference Bible* (Biblia de Consulta Scofield). Se trata de una Biblia anotada que todavía hoy es muy admirada por los fundamentalistas. Según la teoría de la laguna, un gran lapso de tiempo transcurrió entre el primer versículo del Génesis y el segundo. “En el principio creó Dios los cielos y la tierra”. Esto incluye al menos una creación, si no más, de vida vegetal y animal sobre la tierra. Dios destruyó la creación preadámica, lo que lleva al segundo versículo: “La tierra estaba confusa y vacía...” Fue entonces, hace unos 10.000 años, cuando Él empezó de nuevo, repoblando la tierra tal y como se describe en el Génesis.

Entre los que hoy en día se proclaman a sí mismos expertos en la Biblia, el telepredicador evangelista Jimmy Swaggart es el que más alto vocifera a favor de la teoría de la laguna. Según Swaggart, los científicos tienen razón en sus estimaciones de la avanzada edad de la Tierra. Antes de la creación descrita en el Génesis, nuestro planeta era el dominio de Satanás y los ángeles. Cuando el diablo cayó, arrastrando consigo a un tercio de las huestes angélicas, Dios destruyó completamente esta creación. Los fósiles no son registros de la vida enterrada por el Diluvio, sino registros de la vida preadámica. Como

otros seguidores de la teoría de la laguna, Swaggart cree que la creación adámica tuvo lugar en seis días de 24 horas. "La evolución -proclama en su libro de ilustraciones-, es una filosofía especulativa en quiebra, no un hecho científico. Sólo una sociedad espiritualmente en quiebra podría creer en ella (...) Sólo los ateos, sigue diciendo, podrían aceptar esta satánica teoría"(7).

Swaggart revela aquí una ignorancia total de los hechos más elementales de la Biología y la Geología. La evolución es un hecho en no menor medida que lo es el que la Tierra gire alrededor de su eje y su movimiento alrededor del sol. Hubo una época en la que a esto se le llamaba la teoría copernicana; pero, cuando la evidencia a favor de una teoría llega a ser tan abrumadora que no hay persona informada que pueda dudar de ella, los científicos acostumbran a llamarla un hecho. Que todas las formas de vida actuales descienden de otras anteriores, en el curso de vastos lapsos de tiempo geológico, está tan firmemente establecido como lo está la cosmología copernicana. Los biólogos están en desacuerdo tan sólo en lo que respecta a las teorías que tratan de cómo funciona este proceso. Swaggart está también absolutamente equivocado cuando supone que la evolución implica el ateísmo. Hay cientos de pensadores cristianos, de los más distinguidos, tanto católicos como protestantes, que han aceptado la evolución. Millones de evangélicos que comparten la fe de Swaggart, hace mucho que decidieron interpretar los días del Génesis como largos períodos de tiempo. Los teístas no cristianos -Thomas Jefferson y la mayoría de los demás Padres Fundadores, por ejemplo- no han tenido problemas en ver la evolución compatible con la creación de Dios.

En el otro bando de la contienda, se encuentra el evolucionismo radical. Sus defensores han visto en las teorías evolucionistas la prueba científica de que no es admisible la creación. El origen del universo y del hombre se explican sin necesidad de recurrir a la existencia de un Dios creador, noción que ha sido superada por el avance científico. El hombre no es más que un producto de la evolución al azar de la materia, y los valores humanos son algo casual y relativo, ya que están en función de las condiciones en que se ha realizado dicha evolución material. Con estos presupuestos, las iniciativas jurídicas y educativas de los creacionistas han sido contrarrestadas directa y contundentemente por los defensores del evolucionismo. Por ejemplo, el Dr. Wayne Moyer, director ejecutivo de la *Asociación Nacional de Profesores de Biología*, ha hecho un llamamiento a los profesores universitarios para que ayuden a los maestros a oponerse al intento de introducir en las clases de Biología una "Teología disfrazada de ciencia".

Pero, la realidad es que la evolución como hecho científico y la creación divina se encuentran en dos planos diferentes: no existe la alternativa evolución-creación, como si se tratara de dos posturas entre las que hubiera que elegir. Se puede admitir la existencia de la evolución y, al mismo tiempo, de la creación divina. Si el hecho de la evolución es un problema que ha de abordarse mediante los conocimientos científico-experimentales, la necesidad de la creación divina responde a razonamientos metafísicos. En sentido estricto, creación significa "la producción de algo a partir de la nada". En ningún proceso natural se puede dar una creación propiamente dicha: los seres naturales, desde las piedras hasta el hombre, sólo pueden actuar

transformando algo que ya existe. La naturaleza no puede ser creativa en sentido absoluto. El hecho de la creación, así entendido, no choca con la posibilidad de que unos seres surgieran a partir de otros.

Evolución y creación divina no son necesariamente, por tanto, términos contradictorios. Podría haber una evolución dentro de la realidad creada, de tal manera que, quien sostenga el evolucionismo, no tiene motivo alguno para negar la creación. Dicha creación es necesaria, tanto si hubiera evolución como si no, pues se requiere para dar razón de lo que existe, mientras que la evolución sólo se refiere a transformaciones entre seres ya existentes. En este sentido, la evolución presupone la creación. Pero es que, además, quien admite la creación -así entendida-, tiene una libertad total para admitir cualquier teoría científica. Quien no admita la creación, necesariamente deberá admitir que todo lo que existe actualmente proviene de otros seres, y éstos provienen de otros, y así sucesiva e indefinidamente, de manera que todos y cada uno de los seres que existen deben tener un origen trazado por la evolución. Aunque pueda resultar paradójico, es el evolucionista radical quien viola las exigencias de rigor del método científico, pues se ve forzado a admitir unas hipótesis que no pertenecen al ámbito científico, y deberá admitirlas aunque no pueden probarse.

Dando un paso más, podremos afirmar que -lejos de contraponerse-, la noción metafísica de una creación providente y la idea física de una evolución cosmológica se exigen mutuamente, aunque, como es obvio, no de manera simétrica. Por un lado, si hay evolución cosmológica y biológica con sentido, es preciso remitirse para explicarla radicalmente -es decir, metafísicamente- a una

Inteligencia creadora. Y, a su vez, esta Inteligencia creadora, si bien ha creado el mundo libremente, es preciso que haya creado un mundo ordenado a un fin y, por lo tanto, dotado de sentido. En la visión de las cosas que así resulta, no puede pensarse tampoco que primero es la creación y después la evolución, porque la creación es estrictamente contemporánea con todas las fases o momentos del proceso evolutivo. Lo que realmente hay es una creación -como situación metafísica estable- de cosas materiales que evolucionan precisamente porque han sido creadas con sentido y finalidad, y están, por tanto, guiadas por una sabia providencia ordenadora. Rechazamos, por consiguiente, estas dos posturas extremas, que no logran pensar adecuadamente esta articulación entre creación y evolución.

Por una parte, el creacionismo científico torna la Causa creadora -que es una Causa metafísica o trascendental- como si fuera una causa física, y pretende hacerla intervenir en diversos momentos del proceso evolutivo. Ya hemos visto los defectos conceptuales de fondo que conlleva esta actitud. Sin embargo, no cabe excluir por principio una intervención especial de la causa creadora en el origen del hombre, precisamente porque la persona humana no es una realidad totalmente intramundana, sino que posee capacidades -su inteligencia y su voluntad libre- que trascienden la materia. Se podría discutir si se da otra intervención especial en la aparición de la vida. Por un lado, es indudable que el surgimiento de seres vivos representa una radical innovación organizativa y funcional; mas, por otro, no parece imposible dar una explicación física del origen de los organismos vivientes a partir de materia inerte, por la fundamental razón de que éstos

sí que son entidades estrictamente intramundanas.

Por otra parte, tampoco resulta admisible el evolucionismo radical, que postula una autogénesis transformista y universal de la materia: una especie de evolución creadora. Al rechazar toda causación trascendental, toda creación conservadora y providente, este evolucionismo materialista se ve abocado a optar entre el *reduccionismo* y el *preformacionismo*, para dar cuenta de la aparición de realidades nuevas. El reduccionismo, como ya sabemos, consiste en mantener que lo nuevo no es más que las condiciones iniciales de las que surge. Al mantener esto, el reduccionismo se convierte fácilmente en su postura antitética -el preformacionismo- para la que propiamente no hay nada nuevo, porque todo estaba ya antes preformado. Una tercera postura, mantenida más reciente es el llamado *emergentismo* o *fulguracionismo*, para el que los cambios estructurales -sin introducir ningún elemento nuevo- producen "fulguraciones", emergencias de cosas nuevas, sin necesidad de recurrir en modo alguno a la Causa trascendental. Pero, como ha mostrado Reinhard Löw, estas variantes del evolucionismo fracasan en su intento de dar cuenta de lo nuevo y, paradójicamente, conducen a una visión estática del mundo (8)

No hay, por tanto, necesidad de plantear ningún conflicto entre ciencia y religión. Esto es lo que postulan, al menos, destacados científicos evolucionistas. John McIntyre, profesor de Física en la Universidad de Texas, confiesa la frustración que experimenta por el hecho de que los "antievolucionistas" hayan usurpado el término "creacionismo", e insiste en que es del todo posible conciliar las creencias cristianas en un Dios creador con la idea de que la vida haya evolucionado

a través del tiempo (9) Por su parte, el paleontólogo neodarwinista G.G. Simpson, asegura:

"Ningún credo, salvo el de las fanáticas sectas fundamentalistas -que son una minoría protestante en EE.UU.-, reconoce por dogma el rechazo de la evolución. Muchos profesores, religiosos y laicos, la aceptan, en cambio, como un hecho. Y muchos evolucionistas son hombres de profunda fe. Además, los evolucionistas pueden ser también creacionistas"(10).

Y Martin Gardner, colaborador habitual de la revista *Investigación y Ciencia*, creador de juegos matemáticos y autor de libros de divulgación científica de calidad, sostiene:

"No conozco ningún teólogo protestante o católico fuera de los círculos fundamentalistas que no haya aceptado el hecho de la evolución, aunque puede que insistan en que Dios ha dirigido el proceso e infundido el alma a los primeros seres humanos"" .

Por lo que hace a la polémica, el panorama no es muy halagüeño. Sin embargo, queda la esperanza de que se impongan los análisis serenos. El creacionismo científico y el evolucionismo radical se alimentan mutuamente. Hoy por hoy, el evolucionismo radical parece el contrincante más fuerte: su poder y difusión están aliados con una mentalidad pragmatista muy extendida, en la que la ciencia es para muchos la única fuente de la verdad. La batalla no tendrá final, mientras no se disipe el error en que incurren ambas posturas con sus extrapolaciones. Porque ni la Biblia contiene datos científicos desconocidos en la época en que fue escrita, ni tampoco es legítimo ni científico negar lo que no se alcanza mediante la ciencia. Existen dos parcelas autónomas del saber humano -filosofía y ciencia- que no se pue-

den trasvasar sin caer en extrapolaciones inadmisibles o en una peligrosa pirueta conceptual. El problema desaparece cuando se advierte que evolución y creación divina se encuentran en planos diferentes y, por lo tanto, no se excluyen mutuamente, aunque haya un tipo de "evolucionismo" que es incompatible con la admisión de la creación y un tipo de "creacionismo" que es incompatible con la aceptación de la evolución.

Notas bibliográficas:

1 Para una breve historia del movimiento creacionista en EE.UU., cfr R.L. NUMBERS: "Creationism in 20th Century America", *Science*, vol. 218, 1982, pp 538-544.

2 Un análisis filosófico del creacionismo puede verse en la obra de M. ARTIGAS: *Las Fronteras del Evolucionismo*, Palabra, Madrid, 1985, pp. 139-156.

3 El texto recogido por W.R. OVERTON aparece publicado con el título: "Creationism in Schools: The decision in McLean versus the Arkansas board of education", *Science*, vol. 215, pp 934-943.

4 T.H. JUKES: "The Creationism Challenge to Science", *Nature*, 29-III-1984, p. 400.

5 G.M. MARSDEN: "Creation versus Evolution: no middle way", *Nature*, vol. 305, 1983, p. 574.

6 R.L. NUMBERS: *Creation by Natural Law*, [La Creación por la ley natural], University of Washington Press, 1977.

7 J. SWAGGART: *The Preadamic Creation and Evolution*, 1986.

8 R. LOW: "Die Entstehung des Neven in der Natur", en P. KOSLOWSKI, P. KREUZER y R. LOW: *Evolution und Freiheit*, Stuttgart, 1984.

8 Cfr. D.J. TICE: "El núcleo de las teorías darwinistas", *Atlántida*, vol. 15, Madrid, 1993, p. 22.

10 G.G. SIMPSON: *Fósiles e historia de la vida*, Labor, Barcelona, 1985, p. 211.

11 M. GARDNER: *La nueva era. Notas de un observador de lo marginal*, Alianza Editorial, Madrid, 1990, p. 191.